

En la estacion

Rosario Sanmiguel

Las moscas revolotean sobre las rodillas de la niña. Ella las espanta con displicencia, sabe que no las va a alejar de ninguna manera. Manuela, su madre, piensa en a tardanza del tren mientras anuda el cordón que sirve de cerrojo a la petaquilla de lámina negra. En la estación agosto cala más intensamente. Los rayos del sol traspasan las ventanas sin vidrios, permiten ver el polvillo fino y el vapor que se desprende de las paredes descascaradas; se le meten a la mujer por debajo de la ancha falda de propelina azul provocando el sudor que le pega la tela a los muslos.

—Fátima —le dice la mujer a la niña sin verla— ve a preguntar cuánto tiempo más tardará el tren. Esto parece una hoguera.

La niña camina hacia la mesa donde venden los boletos, pregunta y se regresa seguida por el vuelo tenaz de los insectos. El hombre la ve retirarse, levanta con una uña una astilla del filo del mostrador y se la mete entre los dientes.

— . . . o puede ser que más tarde —le grita cuando ella ya le da la espalda.

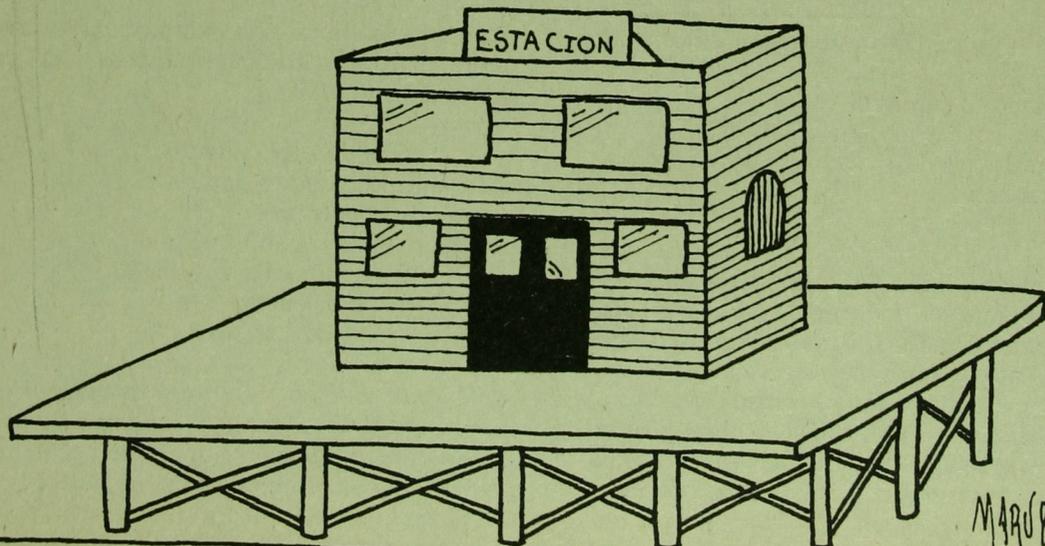
Fátima voltea y su mirada se fija unos segundos en los círculos que manchan la camisa del hombre debajo de las axilas.

Son las doce del día. Todos esperan. Unos la partida por el único camino que conduce a geografías diferentes, otros la llegada de algún bulto, o del periódico de la ciudad.

Manuela detiene la vista en el punto lejano donde los rieles se juntan. A ratos se entretiene contando los durmientes que alcanza a ver, pero hay momentos en que parece hablarle a la hija, aun cuando sólo ella sabe lo que dice. Poco importa si Fátima la oye o no, pues su atención se encuentra en otra parte: observa los movimientos del hombre de los boletos. El vendedor extiende los labios, se acomoda la lengua tras los dientes y escupe la astilla con la intención de que entre en una lata de sardinas que él colocó para ese fin a unos cuantos pasos de distancia. Fátima cuenta seis trocitos de madera y siete con el que el hombre acaba de lanzar. Todas las veces ha fallado y los dispersa por el suelo alrededor de la lata.

El tren llega cuando las astillas son ya un montón del alto del botecito. Las mujeres lo abordan. La madre decide ocupar un asiento del lado de la sombra para refrescarse las carnes, pero pronto calienta el hule y empieza a murmurar quejas que la niña ignora por completo.

Cuando el tren avanza, Fátima busca al hombre de la camisa sudada, pero su vista tropieza con el muro amarillento de la estación. A escasa velocidad la má-



quina bordea el caserío de la orilla. Desde lejos, a pocos minutos, las casas se aparecen a las crucecitas que mi madre bordaba en los manteles de la gringa.

En aquella casa primero era el aseo diario, y en los ratos libres la costura para que la patrona nos aceptara a las dos. Llegamos a ese lugar al término de mi infancia. Allí los senos se definieron bajo mi blusa. Nadie me dijo, pero tuve la impresión que de esa manera me iba pareciendo a mi madre. Pensé que eso nos acercaría, pero ella siguió habitando solitaria su mundo de voces. Decía que le hablaban, que le contaban cosas que nunca quiso decirme; por eso, cuando hablaba lo hacía para sí misma. A mí me dejaba crecer en aquellos corredores ajenos, entre los muebles que las dos bruñíamos a diario con aceites perfumados.

Mi madre era como una hilandera que conducía la rueca de los días por un cauce inalterable; sin embargo, un domingo temprano, inesperadamente para mí, me dejó encargada con la gringa. Ignoro qué presagio advirtió o qué palabras escuchó. Yo tenía por aquel tiempo catorce años.

—Pórtate bien, obedece a la señora en todo, que no tiempo queja de ti —me dijo al tiempo que buscaba algo

lejano, fuera de mí, con la mirada imprecisa. Tal vez por eso cuando me viene a la memoria, únicamente recuerdo su voz, porque sus ojos nunca se detuvieron en los míos.

Yo tomé en la casa su lugar. Entonces era yo quien tejía el transcurso de los años por esas habitaciones sombreadas. Pero también yo quise regresar un día, no sé si a buscar a mi madre o a Fátima niña, o lo que quedaba de aquellas dos mujeres que esperaban el tren una tarde de hacía nueve años.

En cuanto estuve frente a la estación supe que mi madre había muerto. Una vez adentro, en medio de los cuatro muros golpeados por la resolana, comprendí que Fátima, la de las piernas chorreadas, allí se había quedado junto al cortejo de moscas. Sentí como si nuestra partida, la gringa y su casa fueran las piezas de un largo sueño del que apenas salía.

Detrás de un mostrador desportillado, un hombre vestido con una camiseta sucia de sudor y tierra, balanceaba la cabeza hacia el frente, abandonado al sopor y al sueño. Antes de seguir mi camino alcancé a ver cómo un hilo de baba espesa que le descendía por el mentón, le sacaba una astilla de la boca. 

POESIA

De la piel y otras texturas

Elvira Hernández Carballido

“Te espero sentada en la puerta
vestida de sudores
desnuda de caricias
Mi cuerpo alimentado
por olores y fruta”*

Los poemas de Elizabeth Hulverson discurren por la sensualidad femenina, el erotismo, disipando inhibiciones. A través de sus metáforas descubro los hábitos y fantasías de un cuerpo de mujer, el éxtasis y el gozo, el amor y la sensualidad.

Cada palabra, nacida de su inspiración, permite atisbar que la vida sexual femenina puede ser escenario de un acto amoroso, erótico, clandestinamente placentero, vivencia del deseo y el goce, tal vez por eso los escritos de Elizabeth producen, ante las decenas de mujeres que presenciamos la lectura de sus

poemas, una identificación inmediata, un alegre redescubrimiento de lo que sentimos o desamos en la intimidad.

“Con los ojos cerrados
siento la opresión
de tu cuerpo

sobre el mío

Tu verga también es suave
y así me penetra
sólo a medias”**

“Lo que escribo —comenta la poeta— responde a una necesidad interna, el erotismo es una de mis grandes preocupaciones por el sólo hecho de que a las mujeres se nos prohíbe de alguna manera expresarlo.

“Se cree que las mujeres únicamente pueden escribir sobre determinados tópicos y eso no es cierto, ellas pueden escribir sobre lo que quieren, pero la